

no se combatieran; cantan los trovadores al son de las músicas árabes y danzan en bailes comunes unos y otros; mientras los árabes conspiran contra sus hermanos los Alides, y los católicos, cual Ricardo de Inglaterra, contra su compañero el rey de Francia, este, resentido y envidioso, pártese de Asia y va á Francia, diciendo que su rival estaba próximo á convertirse al islamismo. Y en efecto, Europa y Asia se compenetraron mas que se combatieron. Los cruzados se asentaron á la mesa de los emires y los emires á la mesa de los reyes cristianos; Saladino envió á estos ciruelas de Damasco y estos á aquel joyeles de valor; Ricardo llevó en Chipre un manto carmesí sembrado de medias lunas de plata y Malek-Adel pidió la mano de una princesa cristiana y envió sus hijos á las escuelas caballerescas, diciendo que un mahometano y una católica podían poner en paz á los dos pueblos y aun reinar sobre ambos: audaz pensamiento, no realizado por la repugnancia que mostraran los imanes árabes y por las amenazas de excomunion que blandieran los obispos católicos. Con esta falta de fe imposible tomar la Ciudad Santa, que pedía y necesitaba martirios y milagros. Así Ricardo solo alcanzó á ver desde lejos á Jerusalem y contemplarla como en la vision de un sueño, despues de haber recorrido tanta tierra para someterla. Cuando la vió surgir entre los arreboles del cielo y los espejismos del desierto, sin poder sojuzgarla, llevóse su cota de malla ¡él, tan valeroso! como pudiera llevarse una débil mujer sus faldas á la vista, y dijo sollozando: «Dios mio, no permitas que mis ojos vean esta tu Santa Ciudad, ya que mis brazos no han podido redimirla.» Y en efecto, para que nada faltase en esta triste tragedia, vino luego un caso horrible á demostrar cómo la fe se extinguía en las almas y cómo la ambicion reemplazaba á las antiguas generosas pasiones. El rey de Inglaterra habia cometido muchas crueldades; pero tambien resultado el héroe por excelencia de la cruzada. Y mientras está delante de Jerusalem, el rey de Francia pone la mano sobre sus tierras é incita á los príncipes rivales á que se apoderen de su trono y á los vasallos mal sometidos á que se levanten contra su autoridad y señorío. Ricardo tuvo que escaparse á hurtadillas y que venirse disfrazado como un vulgar criminal. Y pasó por tierra de Austria y por dentro de Viena. Muerto de cansancio, exhausto de fuerzas, tras cuatro días de marcha sin reposo alguno, envió un doméstico desde su escondite á cambiar varias monedas de

oro y á traer varios artículos de necesidad. El mozo sonó mucho su dinero, ostentó mucho sus aires de gran señor, y no ocultó los guantes bordados de sedas que delataban á un verdadero cortesano. Así es que, preso y puesto á cuestion de tormento, tuvo que decir su oficio y que denunciar á su señor. El duque de Austria le echó encima la ley feudal, que declaraba propiedad del señor á quien pasase sin su permiso señorial por sus tierras. Tomólo, pues, como cosa propia, y vendiólo en corta cantidad al emperador de Alemania, cual hubiera podido venderle un perro ó un caballo. El emperador lo redujo á cautiverio tan estrecho que nadie sabia dónde estaba el rey de Inglaterra. Trece meses pasó su reino y pasaron sus vasallos en esta triste ignorancia. Al fin y al cabo un día, que estaba sobre lo alto del castillo, cuyas paredes le encerraban, vió pasar uno de esos trovadores errantes, que andaban de region en region, cantando como las canoras aves que emigran por los aires, y en compañía del cual compusiera allá en días mas felices algunas canciones poéticas. Llamólo sin resultado, y temiendo que se escapara á sus llamamientos, entonó una de aquellas canciones, obra de los dos, y pudo así retenerle y noticiarle su cautividad. El trovador marchó á Inglaterra y dió la nueva. Entonces el Papa, los obispos ingleses, la reina Leonor de Aquitania, madre de Ricardo, dirigiéronse al emperador de Alemania, pidiéndole el cautivo. La cristiandad entera se indignó contra este proceder del rey de los reyes cristianos; pero no bastó la indignacion á mover los sentimientos del César de Alemania: necesitóse alta cuestacion entre sus vasallos, que debieron reunir un crecido rescate; y entonces, solo entonces humillado, rendido, cautivo, rescatado, despues de haberse visto en la dura necesidad de ofrecer vassallaje, volvió á Inglaterra para mostrar con sus hazañas inútiles y con su cautiverio prolongado cómo habian por completo concluido los tiempos de la fe y comenzado otros tiempos nuevos al impulso de nuevos sentimientos, los cuales tarde ó temprano habian de engendrar una nueva vida y otra nueva sociedad en el seno de la católica y feudal Europa. Un solo substratum social quedaba de todos estos innumerables hechos. La caballería, fija en la tierra, tornábase móvil y andante, con lo cual perdía el señor y ganaba el siervo, igualados y confundidos en los comunes esfuerzos y en las comunes desgracias. El sitio de San Juan de Acre debe contarse en libro de caballería

andante. Aquellos caballeros, incapaces de elevarse sobre sus rivalidades de nacion ó de raza, si ingleses mas enemigos de los francos que de los musulmanes y si francos mas enemigos de los ingleses, montaban su troton, requerian sus armas, daban al viento su penacho, y salian errantes en demanda de pelea con quien fuese osado á creer que habia por el mundo dama superior en hermosura y virtud á la dama de sus pensamientos. Las historias interesantes que se creerian novelescas, menudeaban en la realidad como en el cuento y en el drama de los mas creadores ingenios. Llamaba la atencion general entre todos los cruzados, al pié de los muros de San Juan de Acre, un caballero, que parecia separado del mundo y absorto en la contemplacion de su interior idea.

Era este el castellano de Couchy, que dejara sus feraces tierras y corriera á la árida Palestina en pos de gloria para su nombre y de bienaventuranza para su alma, puesto que toda felicidad le estaba por el destino adverso prohibida ya en su existencia; amador rendido, pero amador sin fortuna y sin esperanza, para cuya enfermedad solamente le quedaba un remedio, el de una pronta muerte. Quien de cerca le viera con cuidado, de seguro observára sin esfuerzo que buscaba el mayor peligro, que corria al combate mas feroz, que iba do quier fuera la muerte. Herido cierto dia, en las ansias del postrer estertor, articuló algunas palabras, encargando á sus compañeros que, una vez cadáver, le abrieran el pecho, le sacaran el corazon y lo enviasen á Gabriela de Vergy, hermosa dama residente en Fayel. Quiso la adversa suerte que el marido de esta recibiera el fúnebre regalo y lo guardara para tomar un desquite de sus furiosos celos. A las pocas noches, díjole á su mujer que deseaba tener una cena extraordinaria, en la cual queria obsequiarla con exquisito y nunca gustado manjar. Y en efecto, comieron extraño plato, concluido el cual, preguntó el celoso á su esposa si sabia lo que acababa de comer. Y como esta dijera que no, exclamó el bárbaro: «pues te has comido el corazon de tu amante.» Gabriela dió un grito horrible que hubiera hecho bambolear en sus cimientos el ceñudo castillo de tener un átomo de vida; pero que no conmovió el implacable corazon de su esposo. Y perdió la infeliz primero la razon, despues la vida. ¿No os parece esto un verdadero libro de caballería andante, mas que historia real? Pues nada mas fué la tercera cruzada,

nada mas que un libro puramente caballeresco y propio de la trasformacion que á fines de aquel siglo experimentaba toda la Edad media.

Veamos la cuarta cruzada. En la primera son los protagonistas los franceses, en la segunda los alemanes, en la tercera los ingleses, en la cuarta los venecianos. Mucho degeneró la segunda de la primera cruzada, mucho la tercera de la segunda, y mucho mas la cuarta de la tercera. El mismo Emperador, que cautivara al héroe de la cruzada precedente, quiso rescatar esta falta encabezando nueva cruzada á Palestina. Pero, si el pretexto aparente fué la cruzada, el motivo real fué la conquista. «Jerusalen» se oia gritar por todas partes; á Jerusalen nombraban los labios y á Mesina y á Palermo iban el pensamiento y el esfuerzo. La religion católica encubria bajo su sacro manto un proyecto de todo en todo político. Enrique VI, que aprendiera el derecho á la sazón restaurado por la escuela de Bolonia, derecho puramente romano; convencido de que nada podia un César del Norte, si no se apoderaba de las tierras meridionales, tan fecundas en productos como en inspiraciones, marchóse á Sicilia para tener aquel punto estratégico entre el Oriente y el Occidente de Europa; y celar los mares itálicos y los mares helénicos; y dirigir sus huestes, ó bien á Roma ó bien á Constantinopla; y hacer de las dos primeras autoridades religiosas del mundo, del Pontífice latino y del Patriarca griego, los dos diáconos del Emperador y del Imperio. Solo un derecho tenia sobre Sicilia, el que le daba su mujer, heredera de tan precioso reino. Y normandos, italianos, árabes le rechazaban por igual y por completo. Así tuvo que verter mares de sangre para teñir en ellos su menguada púrpura de rey. La misma emperatriz, antes siciliana que reina, oyó las quejas de su patria con horror y las satisfizo con espantable crimen. Su propia mano envenenó á su marido. De tal suerte acabó el primer campeón de la cuarta cruzada, mas movida que ninguna otra por los sentimientos políticos de aquella edad, ajenos al antiguo ideal religioso.

Comienza el siglo décimotercio; y con el siglo décimotercio, con su año segundo, comienza verdaderamente la cuarta cruzada. Un gran Papa la concibe, cuando el Pontificado se encuentra en su apogeo; pero no existen ya sentimientos que la animen ni fuerzas que la realicen. Magna diferencia entre Pedro el ermitaño que predicó la primera cruzada, San Bernardo que predicó

la segunda, Guillermo de Tiro que predicó la tercera, y el pobre cura de Neuilly que predicó la cuarta, calavera convertido en penitente indocto y burdo, dado á emplear un lenguaje de taberna para sostener una empresa de santos, y á esgrimir el palo si le faltaba la palabra; obligado á irse á los torneos para divertir á los señores de las batallas por entretenimiento y lanzarlos á las batallas por la redencion y la bienaventuranza. Si el Emperador de Alemania empezó la cuarta cruzada invocando á Jerusalem y yendo á Sicilia, el dux Dándolo concluyóla, con el pretexto de Jerusalem, mucho mas cerca de su ciudad, en Constantinopla. Los venecianos pueden llamarse con razon los ingleses de la Edad media: en aquellos dias de ocio, ellos apreciaban el trabajo; en aquellas guerras continuas, ellos proseguian el comercio; cuando todas las miradas se convertian al cielo, convertíanse las suyas al mar; cuando todos los hombres se abrasaban en el fanatismo religioso, sentían y practicaban ellos el cálculo mercantil; y sin terruño donde extender las raíces de la servidumbre; con las ondas que domar por medio de la libertad; entregados á sus caprichos como las gaviotas á sus vuelos y como los delfines á sus movimientos; constituian, allá en la laguna de San Marcos, sobre arenales inciertos, á la puerta del Adriático, una República parlamentaria y aristocrática, que aceraba las voluntades preparándolas á las empresas útiles; y levantaban una ciudad de edificios tan gallardos que parecian naves empavesadas próximas á zarpar y á tomar rumbos do quier hubiese factorías que establecer, mercados que dirigir, y puertos en que emplear su inextinguible actividad. Una cruzada, dirigida por los venecianos, tenia indudablemente que resultar una empresa mercantil y política, y no una empresa militar y religiosa. Mas ¿dónde iban los condes y caballeros franceses, los Montmorencys, los Dampierres, los Briennes, si no iban á Venecia en busca de naves que los condujeran á Oriente? ¿Cómo arriesgarse al viaje por tierra tantas veces contrariado por la perfidia griega? Llegaron, pues, á la reina del Adriático y le pidieron sus socorros. Aquellos varones tan fuertes, curtidos en los combates, llenos de heridas desde los piés á la cabeza, arrodillábanse á las puertas de los venecianos palacios y pedian, llorando como niños, naves que les procuraran el desembarcar en Siria y el ir á Jerusalem. Los venecianos se conmovian profundamente; acompañaban con sus lágrimas las lágrimas de los franceses; y

ofrecian una flota por amor de Dios y por cuatrocientos veinticinco mil marcos de plata. Arreglado este negocio, ofrecieron gratuitamente medio ciento mas de galeras, con tal que les dejasen tomar algun que otro puertecillo para hacer boca. Y en efecto, los militares pasaron por todo cuanto quisieron los mercaderes. La plaza de San Márcos rebosaba en gentes; la gran Basílica semi-oriental lucia sus mas ricas preseas; maravillosos altares se alzaban al aire libre en frente de aquellos luminosos canales que parecen como cintas de la vía láctea bordadas sobre la tierra; y los barones y los caballeros y los soldados gritaron de entusiasmo cuando vieron al viejo dux encorvado por los años, subir á las aras santas con su túnica de tisú, su manto de púrpura, su esclavina de armiño, su gorro de Frigia para ponerse en la frente la cruz de Jerusalem y lanzar á las brisas marinas el grito de guerra santa. Despues de tan piadosa y desinteresada ceremonia, no habia que hacer sino cruzarse todos é irse á Palestina, en busca de la victoria ó de la muerte. Pero los venecianos, que recibieron promesas y no dinero, juraron á una ni aparejar ni mucho menos zarpar, sino despues de pagados y bien pagados. Vaciaron los pobres peregrinos militantes sus bolsas y bolsillos, sin poder reunir la cantidad necesaria, pues les faltaba para completarla treinta y cuatro mil marcos de plata. Percibieron los venecianos lo que buenamente les entregaron, diciendo que, á cuenta del resto, les ayudaran á tomar en el camino algunas ciudades de la Istria y de la Dalmacia. Contábase entre estas Zara, perteneciente un dia á los venecianos y en aquella sazón á los húngaros. Y casualmente Hungría, movida por su reina Isabel, que consagrara á Dios su viudez, iba en aquel mismo instante á Jerusalem y tomaba parte principalmente por móviles religiosos en la poética cruzada. Precisaba guardarle algunas consideraciones. El Papa llegó hasta la amenaza de la excomunion por defender la propiedad de los húngaros; pero el dux Dándolo no tenia costumbre de subrogar las empresas mercantiles y políticas á las supersticiones católicas. Las costas orientales, próximas á Venecia, quedaron, merced al poder de los cruzados, bajo la autoridad de la serenísima República veneciana; y solo despues de almacenar esta cosecha de bienes materiales se dieron á recoger la cosecha espiritual de las Indulgencias Pontificias.

En esto sobreviene de súbito nuevo incidente, que divierte la atención del